

Tormenta de Fuego



Oscar Toledo Gutiérrez

Tormenta de Fuego

Óscar Toledo Gutiérrez

Tormenta de Fuego

Copyright © 2010 Óscar Toledo Gutiérrez.

ISBN: 978-1-71666-416-8

Twitter oficial: **@historiasmini**

El autor recibirá con agrado sus comentarios en la dirección de correo electrónico: biyubi@gmail.com

Primera impresión en 2020.

Portada: science-fiction-5224822 por GeorgeB2 de Pixabay.

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A pesar de que se han tomado precauciones en la elaboración de este libro, el autor no asume ninguna responsabilidad por errores u omisiones, o por los daños que resultaran del uso de la información contenida en este libro.

*Dedicado a mi amada esposa Rosa Nely y nuestras
pequeñas hijas Myriam Sofia y Samantha.*

Para Cecilia y Adán, ahora pueden leer mi libro.

Para Elisa, sigue sonriendo.

*Para mi padre y mi madre, gracias por todas sus
enseñanzas.*

Contenido

1.....	1
2.....	5
3.....	9
4.....	13
5.....	17
6.....	21
7.....	23
8.....	27
9.....	31
10.....	35
11.....	39
12.....	43
13.....	47
14.....	51

1

Abril era una chica guapa, de mediana estatura con un cabello negro como el ala de un cuervo, una piel sonrosada que irradiaba salud, unos ojos cafés de tentación y suaves curvas que descendían armoniosamente de la cabeza a los pies. Cada movimiento suyo era un encanto.

Y por si fuera poco, era inteligente y despierta. Nada se le pasaba por alto con ese increíble sentido común, que a veces es tan escaso.

No puedo evitar pensar en esto cada vez que la recuerdo, fue hace tantos años, entonces yo era joven, todo un imberbe de apariencia común. Por algo que hice en aquella época ahora soy héroe y tal vez seré recordado por siglos y siglos, hasta que desaparezca todo el recuerdo de la raza humana.

Me siento impulsado a contar la verdadera historia, sin los adornos oficiales, antes de que mi mente falle y mi cuerpo desaparezca, también está Esteban: moreno, alto, esbelto y también fuerte y ágil. Aún puedo recordar con toda claridad sus ojos desafiantes, su sonrisa eterna y el rostro valiente.

Nunca hubiera esperado eventos semejantes a los que ocurrieron.

Todo empezó una bella mañana en el planeta Tierra, el cielo azul y casi despejado excepto por dos o tres nubecillas que parecían no saber que hacer, la ciudad con sus casas de media esfera y los grandes edificios como conos invertidos, el tráfico aéreo fluido, las risas de los niños aún llegan hasta mis oídos, y si me concentro incluso puedo oler los cerezos en flor y sentir la suave brisa.

Como un joven miembro de la reserva del ejército y de acuerdo a mis nulas cualidades para la batalla, vivía retirado y me encontraba podando los árboles utilizando unas pinzas hechas para estos menesteres, cortaba unas cuantas ramitas, aspiraba el limpio aire y después seguía podando, sintiendo toda la felicidad de una vida tranquila.

En la Tierra el ejército era una necesidad, debido a la explosión demográfica que había sufrido en el curso de dos siglos, ahora se navegaba a las estrellas y se fundaban nuevas colonias de continuo.

Claro está que buscábamos planetas con atmósfera respirable, suficientes recursos minerales y otras cosas necesarias. A veces estos planetas contenían vida propia y cuando no era muy amistosa, entonces hacía falta el ejército.

A veces encontrábamos una nueva raza de protohumanos y alguna que otra civilización avanzada, a veces nos entendíamos y a veces no, así que continuamente existían dos o tres guerras en progreso, que siempre ganábamos.

Pero todo eso iba a cambiar y de la manera más extraña posible, se anunció como un cese súbito de la brisa y una pesadez en el aire, no me di cuenta de ello hasta que me acaloré y decidí recostarme a la sombra de un árbol.

Tomé una bebida refrescante y recostado contra el árbol miré al cielo y observé de pronto lo más extraño que hubiera visto en mi corta vida: se estaba formando una especie de embudo en el cielo.

Era extraño, era atrayente, era misterioso, sonreí pero luego sentí activarse en mí un miedo cerval, ¡Oh por Dios! Podía ser un ataque extraterrestre directo contra la Tierra, y eso sólo significaba una cosa: una agresión a todo fuego que había aniquilado a la flota desde el cinturón de asteroides hasta Marte en menos de 6 horas, de forma que nadie había podido avisar a la Tierra.

Temeroso de esta idea, corrí a mi casa a activar la computadora para comunicarme con la central, también pensé en

tomar mis armas. Estos dos hechos aparentemente insignificantes me salvaron la vida.

Al sentarme frente a la computadora vi como el embudo se ampliaba de forma asombrosa y entonces ocurrió, una llamarada descendió del cielo y se esparció sobre la superficie, velozmente aunque mi aterrada mente pudo ver paso a paso como descendía y empezaba a quemar casas a lo lejos y luego sucedían estallidos. Se fue acercando poco a poco hasta donde yo estaba y me pareció que el tiempo se hacía lento, corrí a la puerta del sótano, la abrí y bajé al interior.

Me sentía ahogar de terror.

Luego el tiempo volvió brutal a la normalidad y escuché un trueno, vi como la puerta era abrasada por las llamas, tomé el cobertor antiincendios de un rincón y me tapé con éste.

Comencé a llorar, lo admito, pensaba que me iba a morir y sin haber amado, cuando de pronto todo cesó y se alzó un silencio espantoso solo quebrado a veces por la brisa y el crepitar lejano de un incendio.

La puerta del sótano estaba quemada, completamente ennegrecida, con mucho cuidado observé la manija al rojo vivo, no me atreví a tocarla y usando el cobertor como guante abrí y vi esa escena horrible que aún me persigue en mis pesadillas: todo estaba destruido hasta donde podía alcanzar mi mirada, las casas y edificios en ruinas, los prados quemados y humeantes, gente quemada en las calles en el momento de sus actividades, nadie vivo.

Caí de rodillas y grité de desesperación. ¿Mis amigos estarían todos muertos?, lloraba de impotencia, fuera quien fuera el culpable yo lo encontraría y tomaría venganza. Volví al sótano por mi uniforme de la reserva y mis armas.

Yo, Luis, vengaría a la raza humana.

2

Mientras verificaba que estuviera completa mi mochila de campaña, vi que se activaba el pequeño radio de emergencias. ¡El comando central estaba operativo! Un mensaje apareció en la pequeña pantalla: "Reunirse en el sector 11/78". Ahí estaría.

Salí de los restos de mi casa tan querida y me dirigí al punto de reunión, en el camino me encontré con algunos sobrevivientes y eso me hizo sentir un poco mejor, pero al ver a algunas personas horriblemente quemadas se reforzaba en mí el deseo de la venganza.

Se unieron algunos otros soldados de la reserva y nos miramos sin decir nada, nada hubiéramos podido decir después de lo que habíamos visto, lo que ahora queríamos todos y pienso que mis compañeros estarían de acuerdo, era saber a donde teníamos que ir y que guerra teníamos que pelear.

El suelo aún se sentía caliente debajo de mis botas, algunos edificios se estaban quemando aún y se podía escuchar como explotaban algunos depósitos de combustible a lo lejos, no había servicios de ninguna clase, solo vi una pequeña ambulancia chamuscada cuyos paramédicos trataban de hacer lo que podían, desesperados, no había ningún hospital en pie.

Así fue como llegué al punto de reunión, apenas una treintena de soldados reunidos. Había esperado que fueran los mil integrantes que componían nuestro sector, y así fue como la conocí, su belleza no me fue indiferente, era asombrosa.

Abril, la soldado con mayor rango de todo el grupo, acababa de tomar el mando de la tropa completa, se subió a un bloque de piedra quemada para observar a todos y entonces habló.

–Soldados, es un momento difícil y debemos tener paciencia –dijo con el don de mando impreso en su hermosa voz–. El comando central enviará una nave por nosotros, hasta entonces debemos esperar.

Alguien levantó la mano, ella le hizo seña de que hablara.

–¿Y los sobrevivientes?, ¿qué hacemos por ellos?

–No podemos hacer nada –contestó ella–, solo podemos esperar que el comando central envíe naves médicas.

Los rostros de hombres y mujeres estaban adustos, entrenados para salvar gente, era demasiado pedir que no hicieran nada. Sin embargo la disciplina era importante, en ese momento cada soldado era demasiado valioso para el comando central de la Tierra, sabiendo que la mayoría del ejército en activo estaba muerto y el resto disperso en las colonias y peleando guerras en otras galaxias.

No se si fui el primero en verlo, se estaba formando otro embudo en el cielo, pero si fui el primero en gritar.

–¡Nos atacan de nuevo! –berreé más que grité, estaba muy asustado.

La mirada de Abril mostró miedo por un instante, pero luego se rehizo y miró rápido a su alrededor.

–¡Corran al subterráneo! –ordenó y corrió en dirección a las escaleras que conducían al tren subterráneo, todos la seguimos, mientras las llamas bajaban del cielo, inclementes con un ruido como de hojas de papel cayendo, el crepitar del fuego sobre la piedra quemada y volviendo a quemar hasta hacerla estallar.

Yo iba casi detrás de ella, atrás de mí venían los demás, no por nada había ganado una vez un pequeño premio de carreras del cual estaba muy ufano, pero ella corría aún más. Oí gritos y con el rabillo del ojo vi como las llamas alcanzaban a los rezagados que gritaban terriblemente.

Brincamos de los negros andenes a las vías y corrimos por ellas, el fuego se acercaba cada vez más, había una puerta de

servicio, Abril la abrió y entramos los dos, volteé para ver quién más venía detrás de nosotros, pero no había nadie, solo el fuego, que me fascinaba como siempre ha encantado al hombre desde los tiempos prehistóricos, Abril tuvo que cerrar la puerta por mí en aquel breve instante en que casi morimos achicharrados.

Era una estrecha habitación, pero la puerta era hermética, la temperatura subió horriblemente, sudaba a mares en mi uniforme de la reserva, fue cuando observé por primera vez que Abril utilizaba un uniforme de elite. La puerta enrojecía por el intenso calor, nos alejamos de las paredes que parecían exhalar calor, estábamos a punto de sofocarnos cuando la temperatura comenzó a descender poco a poco, supimos entonces que el ataque había terminado.

Nos urgía abrir esa puerta, el aire se acababa rápidamente dentro de aquel cubículo. La puerta aún estaba enrojecida, iba a usar mi manga para sujetar la manija y abrirla, pero Abril dio una formidable patada a la puerta y ésta cayó hacia afuera, sus goznes derretidos lo habían facilitado.

Ambos tomamos inmensas bocanadas de aire fresco, nos tomó un rato recuperar el resuello. Me di cuenta de lo inteligente que había sido ella, si la puerta se hubiera enfriado se habría fundido con el marco y pudimos habernos quedado encerrados para toda la eternidad.

La nueva oleada de calor sobre la estación del tren subterráneo había cristalizado el piso del andén y lo había hecho reventar, salimos de ahí sin decir palabra y vimos el mundo peor aún, todo estaba completamente negro, en silencio.

En ese momento una nave nos sobrevoló silenciosamente, era la nave del comando central, su caparazón estaba quemado, debía haber enfrentado la tormenta de fuego. Abrió la plataforma de ascenso y descendió solo lo suficiente para que pudiéramos subir, lo cual hice con gran alivio, mientras Abril estaba adusta, al ver su expresión recordé cual era mi suerte de estar vivo, mientras los demás... preferí no pensar en ello.

3

Volamos por encima de los negros restos de la ciudad, se veían algunas naves planeando silenciosamente y otras estrelladas al no haber soportado la tormenta de fuego.

En nuestra nave solo venía el piloto que nos echó una ojeada y siguió manipulando los controles, sin decir nada, de todas formas ¿qué habría podido decir?, ¿suerte por estar vivos?, ¿sobreviví una tormenta de fuego?

Aterrizamos en uno de los hangares subterráneos del comando central, era obvio que habían sufrido grandes pérdidas, la torre de control maestra estaba destrozada, escuadras completas de naves destruidas, se distinguían los cuerpos calcinados de muchísimos soldados.

Dentro del hangar también se veían daños, descendimos con nuestro equipo, un soldado hizo una revisión rápida de la coraza de la nave y le hizo una señal al piloto, que volvió a despegar, seguramente para buscar más sobrevivientes.

Había algunos civiles en una esquina del hangar y un médico los atendía mientras otros instalaban camas plegables. Nos quedamos parados ahí sin saber que hacer, otros soldados estaban igual, por instinto humano nos acercamos los unos a los otros y formamos un grupo, solo éramos una veintena.

Yo no decía nada, solo era un novato de la reserva, pero escuchaba a Abril platicar con algunos otros de elite y del cuerpo activo.

–El comando central está confundido –dijo alguien–, no sabe quienes son los atacantes ni como pudieron vencer tan rápido a toda la armada espacial desde el cinturón de asteroides hasta Marte.

–Me consta –murmuró una chica– que esperan comunicaciones de sobrevivientes antes de tomar un curso de acción.

–Yo propondría –soltó Abril– un ataque directo a lo que sea que esté rodeando la Tierra.

–¿Ataque directo? –preguntó azorado alguien–, ¿contra un enemigo que venció a toda la armada espacial?

–Hey, aquí viene un mando.

Era el general Omega, todos los soldados lo conocíamos, había realizado grandes hazañas en su juventud y se suponía que estaba jubilado, entonces... eso significaba que la plana mayor del comando central estaba muerta.

Todos hicimos el saludo marcial.

–Descansen –ordenó el general Omega, tenía facilidad para mandar a personas, todos se sentían bien cuando seguían sus órdenes.

Nos miró a todos paternalmente, me hizo sentir como uno de sus hijos.

–La Tierra está casi completamente destruida –nos informó, el alma se me cayó a los pies–. Sabemos que los invasores vienen de la nebulosa de Andromeda, ignoramos la ubicación exacta, la guerra ha llegado a nuestras puertas y nos encuentra muy mal preparados. De informes fragmentados de la armada espacial sabemos que tienen potentes cañones de neutrones capaces de atravesar cualquiera de nuestros blindajes, mientras que sus escudos protectores son capaces de resistir todas nuestras armas.

En ese momento pensé ¿acaso estamos muertos?, ¿es el fin del mundo?

–Sin embargo –sonrió misteriosamente–, aún nos queda una esperanza, tenemos una expedición en el planeta Mercurio que está realizando un experimento doble, un arma novedosa y un nuevo escudo de energía, creemos que es posible que hayan tenido éxito, gracias a nuestra previsión el enemigo no sabe que

tenemos gente ahí. Podrían saberlo en cualquier momento, así que ustedes serán enviados a Mercurio para ver si está lista el arma y el escudo para enviar los datos a todas nuestras colonias. ¿Alguna duda?

–¿Por qué nosotros? –preguntó alguien.

–Son los únicos que están cerca de este comando. No parece que tengamos tiempo para esperar a otros.

–General –dije muy tímidamente–, yo nunca he estado en Mercurio.

–Siempre hay una primera vez, soldado –me contestó afable.

–Señor –preguntó Abril incisivamente–, ¿cómo pretende que sobrevivamos al viaje a Mercurio si el enemigo nos puede destruir tan fácilmente?

–Es sencillo, la Tierra ya está aniquilada. Los civiles sobrevivientes están resguardados en los comandos centrales, y lanzaremos un ataque masivo con las últimas fuerzas de los comandos para cubrir el rastro de la expedición.

Todos nos quedamos sorprendidos, el general Omega iba a sacrificar todas las fuerzas para proteger a nuestra expedición.

–Depende de ustedes que la raza humana sobreviva –observó el general Omega–, aquí viene el transporte.

En una orilla del cuartel había unas vías de levitación magnética, apareció un pequeño tren de alta velocidad, nos miramos los unos a los otros y el general Omega nos hizo la seña de subir al transporte, subimos, nos acomodamos en los asientos y entonces partió. Todavía recuerdo con claridad al general Omega, con su rostro endurecido por la guerra pero amistoso, parado marcialmente, observándonos mientras marchábamos.

4

El tren magnético volaba por debajo de la Tierra, en subterráneos tan profundos que yo estaba seguro que nunca los alcanzaría la tormenta de fuego, me pregunté cuanto tiempo podrían resistir el general Omega y los civiles dentro de este comando central, me pregunté cuantos soldados quedaban con vida en los comandos centrales y cuantos se habían rescatado. A cada momento mis cálculos me dejaban con una horrible depresión, las pérdidas eran inmensas. ¿y si el enemigo desembarcaba tropas de infantería?, ¿encontrarían a los sobrevivientes?

La veintena de soldados que viajábamos en ese tren estábamos absortos en nuestros pensamientos, después de todo no nos conocíamos de ninguna parte, y yo sólo conocía a Abril desde hacía algunas horas.

Me pregunté a donde viajaba el tren, debía ser algún punto increíblemente secreto, meneé la cabeza para tratar de alejar todos esos pensamientos horribles que me asaltaban, y miré a Abril, para mi sorpresa ella me estaba observando.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó ella.

Yo estaba absolutamente atolondrado por sus hermosos ojos.

—Soldado raso Luis —balbuceé más que dije.

—Soy la capitana Abril —contestó ella con su cristalina voz, entonces supe que mientras estuviera cerca de ella todo saldría bien—. Corres bien, nadie más se salvó.

Asentí tímidamente.

—Ánimo —dijo ella y me guiñó un ojo—. Todo va a salir bien.

Ella miró a su alrededor.

–¿Hay más capitanes aquí? –preguntó a todos.

Dos hombres y una mujer levantaron la mano.

–Capitán Bernardo –gruñó un hombre robusto.

–Capitán Nicolás –una voz muy joven, era alto pero muy delgado, me maravilló que hubiera llegado a capitán, parecía recién salido de la academia.

–Capitana Nina –dijo una chica guapa, rubia y de ojos azules.

–¿Los demás son todos de reserva?

Hubo una serie de asentimientos tímidos, excepto por uno.

–Yo soy oficial –afirmó con carácter y seriedad, luego se turbó... de suministros.

–¡Maldición! –se oyó al conductor del tren en el altavoz– ¡La tormenta de fuego se filtra por los túneles! ¡Sujétense! ¡Vamos a acelerar!

Miramos por todas partes para ver si localizábamos la tormenta de fuego, venía detrás de nosotros, ¿por dónde había entrado?, ya teníamos puestos los cinturones de seguridad, pero aún así pusimos la cabeza entre las piernas y los que sabían rezar lo hicieron en aquel momento.

Sentíamos la aceleración en nuestros huesos, en ese momento pensé en dos opciones, ¿morir quemado? o ¿morir en un horrible choque?, todas las ventajas y desventajas pasaron por mi mente, por lo menos en el choque podrían reconocerme mis amigos, pero todos debían estar muertos, en ese momento solo los ocupantes del tren sabían quien era yo y tal vez los archivos del comando central.

La amenaza esperada no llegó, y el tren comenzó a desacelerar. Entramos a una especie de barranco, miré por las ventanas con algo de sorpresa, el tren descendía en espiral hacia el fondo de una enorme cueva donde estaba plantado un enorme cohete espacial, pero más pequeño que los cruceros espaciales.

Debajo, en el fondo mi vista alcanzaba a distinguir montones de puntitos blancos, eran científicos del ejército y evidentemente estaban preparando el cohete.

El tren bajaba cada vez más su velocidad, miré hacia arriba y vi las compuertas que se abrirían para dejar salir al cohete, tenía miedo de que la tormenta de fuego pudiera entrar por ahí.

Se detuvo por completo y se abrieron las puertas, nos quitamos los cinturones de seguridad y salimos un poco mareados por la enorme aceleración que debimos soportar. Nos recibió un técnico de uniforme blanco, al vernos sólo nos hizo una pregunta.

—¿22? —preguntó sorprendido—, le advertimos al general Omega que solo caben 20 personas.

—Supongo que no pensó que todos llegaríamos vivos —observó Bernardo.

—No importa —dijo el técnico—, son cuatro capitanes, que los capitanes escojan a sus acompañantes y luego cada grupo siga a uno de esos cuatro elevadores, los técnicos están esperando para embarcarlos, no hay tiempo que perder, las tormentas de fuego están dañando las compuertas, no sabemos cuanto más podamos resistir.

El conductor del tren acababa de descender.

—Las vías están dañadas —informó—, el tren no podrá volver. Estamos incomunicados.

El técnico parpadeó un instante, una lágrima pareció advertirse en uno de sus ojos, pestañeó.

—No importa. Escojan ya. ¡No hay tiempo!

Bernardo, Nicolás y Nina señalaron rápidamente a cuatro y se marcharon hacia los elevadores, Abril señaló a tres y luego... contuve el aire... a mí. El oficial y otro soldado me palmearon la espalda.

—Suerte —los miré, pesadas lágrimas corrían por sus ojos, sentí lástima, solo asentí, yo mismo sentía ganas de llorar, ellos estaban blancos de miedo.

Abril marchó hacia el elevador junto con los cuatro de su grupo, supe en ese momento que había salvado la vida, los que quedaban en la Tierra se las verían negras o morirían muy pronto.

5

Los cinco subíamos por el lento y ruidoso elevador que colgaba al lado del cohete, uno de los cuatro que existían, subía tan lento que desesperaba.

–¡Otra tormenta de fuego! –gritó alguien debajo.

–¡Las compuertas resisten!

Miré por los lados del elevador hacia arriba y observé que las compuertas humeaban.

El elevador alcanzó el nivel de entrada y las puertas se abrieron, dos técnicos estaban ahí y nos guiaron por el pasillo metálico hasta el cohete. Ahí dentro vimos cinco asientos, dos al frente que daban a una consola llena de instrumentos y pantallas y tres atrás, Abril tomó inmediatamente el frente y otro del grupo me ganó el otro asiento delantero. Me tuve que conformar con un asiento de atrás, iba a tomar el derecho, pero preferí el central.

Esperaba que nos dieran cuando menos trajes espaciales, pero no hubo nada de eso, ni siquiera cascos, nos sentaron y nos amarraron a los asientos, más bien nos sujetaron como animales de tan apretados que estaban los cinturones de seguridad.

Con tanta distracción no había observado que uno de los técnicos era en realidad una chica bastante atractiva, me miró curiosamente mientras me ataba a la silla y sorprendentemente me sujetó la cara y me dio un beso largo y húmedo.

–Suerte guapo, te estaré esperando, soy Joana del nivel 9.

Me quedé alhelado, era mi primer beso y fue la mejor experiencia de mi vida. También en ese momento sentí unas ganas increíbles de volver sano y salvo lo más pronto posible. Joana se fue, yo era el último que había "empacado", el soldado a

mi izquierda dijo unas frases ininteligibles entre dientes, creo que fue "la suerte que tienen algunos idiotas". Yo me sentía tan afortunado.

Los técnicos cerraron la puerta por fuera y las pantallas se iluminaron en ese momento, se veían los otros tres grupos. Me di cuenta de que estábamos en una estructura cilíndrica y comprendí repentinamente la razón de que estuviéramos así: el cohete llevaría los cilindros hasta la posición adecuada y viajaríamos separadamente hasta llegar a Mercurio, esto multiplicaba las posibilidades de éxito, y también comprendí que no teníamos posibilidades de defendernos desde dentro del cilindro.

—Todos los sistemas comprobados —se oyó la voz de un técnico. Sentí ansiedad al escuchar esto, ya que no podía ver el exterior por mi mismo, pero en una pantalla se veía la base del cohete y en otra las compuertas exteriores, sentí un morboso temor de que el cohete explotara y ver por la pantalla como la base se destruiría y saber que en ese momento estaría condenado.

—Preparados para despegar —continuaba el técnico—. El ganado está empacado. Respaldos comprobados.

¡El ganado!, valiente broma, ¿no podrían haber escogido un mejor nombre clave?

—Abriendo las compuertas —un vago ruido metálico se alcanzó a escurrir como una vibración por las paredes del cilindro, debían ser enormes para que pudiera habernos alcanzado el ruido.

Toda la ansiedad sentida desde que comenzó la invasión se estaba transformando y ahora aunque tenía miedo ya comenzaba a aceptar mi destino como si fuera inevitable.

—Iniciando propulsores —el estallido se sintió detrás, ¡Claro!, mi espalda daba a los propulsores y a los enormes tanques de combustible que nos pondrían en órbita, era evidente porque el comando central había preferido esta antigualla, sería confundida con un cohete atómico desviado. Una nave habría sido mejor, incluso había rumores de una puerta interestelar, tan sencillo

como entrar por una puerta en la Tierra y salir por otra en Mercurio, eso tenía algo de genial pero totalmente menos heroico que arriesgar el pellejo en un pedazo de metal sobre toneladas de combustible.

Se veía la ignición del propulsor en la pantalla, luego sentí el formidable golpe de la inercia, claro que había pilotado el jet de entrenamiento pero esto era aún más fuerte de lo esperado.

—¡Atacan de nuevo! —se oyó el radio del comando central, no podíamos ver nada de esto, solo esperar salir incólumes.

El cohete sobrepasó las compuertas y ahora estábamos en cielo abierto, todo era demasiado rápido. Pensé que resistiría pero perdí el conocimiento, no supe por cuanto tiempo.

Cuando volví a despertar estábamos en el espacio, vi sangre en mis ropas y me sobresalté, no podía moverme con las amarras.

—¡Calma! —me ordenó Abril—, no puedes desatarte, tenemos que esperar a llegar. No es tu sangre.

Que alivio, pensé, no es mi sangre, entonces mis ojos se abrieron de espanto. ¿Entonces de quién diablos es!?, la silla a mi derecha se había soltado de su soporte y golpeado la cabeza de su ocupante contra la silla de enfrente, partiendo su cara por la mitad, estaba muerto desde hacía tiempo y la sangre flotaba en esferas por el aire. Era asqueroso y sentí un breve escalofrío al recordar que estuve a punto de sentarme allí.

La pantalla mostraba el espacio y una lejana esfera que se iba acercando con lentitud. Noté que las cámaras de grupo ya estaban desactivadas.

—¿Que ha pasado con los demás? —pregunté.

—Van por su cuenta —dijo el tipo de mi izquierda—. Menos Nicolás, la tormenta de fuego atrapó su lado del cohete antes de salir de la atmósfera.

Recordé a aquel capitán tan joven y sentí lástima por él y su grupo.

6

Ahora podía ver el planeta Mercurio en la pantalla, las computadoras funcionaban por su cuenta y calculaban las trayectorias para llegar, mostrando infinidad de veces donde íbamos a caer.

Supuse que sería relativamente cerca de donde la expedición había establecido su base.

–Capitana Abril –pregunté–, ¿con quién nos vamos a encontrar?

–Estoy tan a oscuras como tú. Lo sabremos al aterrizar.

–Cierto.

Mercurio está demasiado cerca del sol, pero una de sus caras está en perpetua oscuridad y era ahí donde aterrizaríamos, con fríos cercanos a 200 grados bajo cero. Alguien debía ir por nosotros, ya que aunque pudiéramos abrir la compuerta (lo que ya era un imposible) no teníamos trajes espaciales.

Pero esto me perturbaba horriblemente, ¿había podido la Tierra avisar que estábamos en camino?, ¿y si nos quedábamos ahí pudriéndonos para toda la eternidad?

Sentía miedo de decir esto al grupo, me habrían tomado de cobarde, pero se que todos ellos lo pensaban en mayor o menor medida y sin embargo mantenían la calma, después de todo yo era el más joven y menos experimentado.

Observé a mi compañero del lado izquierdo, tenía una larga cicatriz del lado derecho de la cara de la sien hasta la mejilla, una mirada fría. Se dio cuenta de que lo observaba.

–¿Cómo te llamas novato? –preguntó.

–Luis.

–Pues bien, yo soy Marco y si no dejas de mirar mi cicatriz, prometo hacerte otra igual usando una cuchara y sin anestesia.

Esto bastó para aterrorizarme y mirar fijamente hacia el frente, tratando de ignorar el cuerpo sanguinolento que estaba a mi derecha, ocasionalmente podía ver el reflejo de Abril en las pantallas y apreciar su hermoso rostro, era una chica que quedaba demasiado lejos para mí. ¡En todo caso Joana del nivel 9 me estaba esperando en la Tierra! Aguanta chica, pensé, me gustaste y pienso volver por ti.

Una voz mecánica se escuchó: "Se ha alcanzado la órbita de Mercurio, buscando punto, descenso dentro de dos horas."

–Es la segunda vez que voy a Mercurio –dijo el soldado que estaba a la derecha de Abril.

–Ya lo dijiste, Juan –hizo notar Abril.

–Tal vez Luis no haya escuchado mi historia, me pareció ver por la pantalla que se desmayó en el despegue. ¿Acaso nunca habías visto sangre?

Todo mi ser hirvió en ese momento, pero no dije nada, tenía razón, nunca había visto sangre, nunca había ido a una guerra y nunca había ido al espacio.

–Ni una palabra más –ordenó Abril con una voz inusualmente dura–. Relajense y esperemos lo mejor.

Nadie dijo nada más. Al cabo de dos horas se encendieron los retropropulsores y comenzamos a caer sobre Mercurio, iba a ser algo suave. A pesar de la notoria falta de gravedad de Mercurio, sentí que el cohete marchaba bastante deprisa, luego mareos y después náuseas, al fin vomité y me temo que salpiqué.

–¡Estúpido novato! –se quejó Juan.

Justo en el momento en que el cilindro golpeó sobre Mercurio, sentí como una especie de arena frenaba nuestra caída, entonces la entrada realmente había sido muy suave.

7

Mi vomito tardó en caer al piso, era extraño ver el líquido espeso y amarillento deslizarse suavemente, ejercía una misteriosa fascinación sobre mí hasta que noté el rostro asqueado de Marco, entonces me sonrojé intensamente y mi mente divagó a otros problemas.

Estábamos firmemente atados a nuestras sillas, nuestras manos apenas podían moverse, ¿cómo nos soltaríamos?, peor aún, los sistemas de vida se agotaban continuamente, ¿qué haríamos si nos quedábamos sin aire?, ¿acaso boquearíamos como pescados hasta el horrible final?

Nuestra carne se secaría lentamente debido a la evaporación, poco a poco los microbios anaerobios se comerían nuestros cuerpos y quedarían solo los blancos huesos, y tal vez, solo tal vez, en mil años alguna raza alienígena los descubriría y nos pondría en un museo.

Pero el espacio era tan reducido, sentía ganas de salir de ahí, una sensación claustrofóbica crecía dentro de mí, empecé a sudar ligeramente, mis párpados temblaban, dentro de mí algo gritaba y se abría paso, cada vez más, cada vez más, iba a gritar, **REALMENTE LO IBA A HACER**, cuando algo empujó la cápsula, un golpe metálico. Éramos levantados por alguna clase de máquina.

Sonreí, estábamos salvados, una leve vibración indicaba que una máquina con motor nos desplazaba, transcurrieron varios minutos, y pude notar que los demás también se habían tranquilizado.

La compuerta empezó a girar, demasiado lentamente, ¿acaso no podían apurarse? YO tenía prisa por salir de esa lata.

Se abrió la compuerta y entró aire nuevo y vivificante, aunque con ese olor metálico que siempre existe en las colonias espaciales, nunca me he podido acostumbrar.

Una cara barbuda y un poco sucia apareció, después entró, era un soldado raso, nos miró rápidamente y notó el muerto, ¿habría podido no notarlo?

–Vaya, mala suerte para el pobre.

Entonces entró y se apresuró a desatar a Abril, tomó un cuchillo y cortó las amarras, yo fui el último.

–Sígueme –nos dijo y salió de la cápsula.

Nos hallábamos en un pequeño hangar, un armatoste de carga sujetaba la cápsula con sus enormes pinzas oxidadas. El soldado nos condujo a una puerta metálica que nos llevó a un largo pasillo, las puertas a los lados estaban marcadas con números, y cruzamos dos o tres pasillos más. Todo estaba increíblemente descuidado, oxidado y empolvado, torcimos en uno de los pasillos y llegamos a un amplio comedor, estaba equipado para atender a cincuenta personas, pero era obvio que hacía mucho que no atendía a más de cinco, puesto que solo una mesa se veía limpia.

Otro hombre sucio y barbudo estaba sentado ante esa mesa, llevaba un uniforme raído y descolorido de capitán de elite.

–La primera cápsula, capitán –dijo el soldado.

–Muy bien –contestó el aludido–, vaya a preparar las habitaciones.

Nos cuádramos ante el capitán, quien miró a Abril y ella habló.

–Soy la capitana Abril, ¿quién es usted?

–El capitán Esteban, dueño y señor de la estación Mercurio.

Abril pareció increíblemente disgustada por la respuesta soberbia del capitán Esteban.

–Hemos venido por...

–Lo sé –cortó Esteban–, la Tierra fue atacada y vienen por la superarma y el escudo.

–Así es.

–No me agrada gastar palabras, así que esperaremos a las otras cápsulas y tendremos una reunión de capitanes a las 0900 horas.

Me habían descartado automáticamente, yo también quería saber que era lo que estaba pasando. En ese momento volvió el soldado raso.

–Anselmo los llevará a sus habitaciones.

Abril quería decir algo, pero la mirada de Esteban era desafiante. Atravesamos la puerta y volvimos por el pasillo, me asignaron una pequeña habitación que tenía solo un armario, una cama y un pequeño baño.

Fui el último en ser acomodado. El soldado me miró.

–Mira, no tenemos mucha agua, pero deberías lavarte esa sangre y el vomito, tienes un litro de agua, encontrarás un uniforme de repuesto en el armario.

Me sentí francamente avergonzado y asentí, el soldado se marchó. Era una habitación muy pequeña, abrí el armario y ahí estaba el uniforme de repuesto, me quite el viejo, me lavé con un poco de agua y me puse el nuevo uniforme, después me arrojé a la cama y estaba tan cansado que al poco rato me dormí.

8

Tuve un agradable sueño en que paseaba con Joana por los verdes prados de la Tierra, todo era tan perfecto, en especial cuando me volvía a besar..

Me desperté y miré el reloj, ya era el nuevo día y eran las 0920 horas. Nadie me había llamado, en ese momento los capitanes debían estar en la reunión. Alguien tocó a mi puerta, era Anselmo que traía comida.

Era una simple escudilla con alubias, y un vaso de un líquido dulzón, aún así me cayó muy bien. Trate de hacer alguna clase de ejercicio, pero no había espacio en la minúscula habitación.

Debía haber pasado una hora cuando escuché el intercomunicador.

–Soldados, presentarse en el hangar.

De inmediato salí de la habitación y me fui derecho al hangar, en el camino encontré a algunos soldados de las otras cápsulas.

En el hangar estaban los capitanes Esteban, Abril, Nina, juntando sus equipos. No vi rastro alguno de las cápsulas ni de la inmensa máquina cargadora. Esteban tomó la palabra cuando estuvieron todos reunidos.

–Buenos días, como ustedes saben se enviaron cuatro cápsulas desde la Tierra, cada una con cinco soldados, desafortunadamente el capitán Nicolás y su equipo fueron alcanzados por la tormenta de fuego, mientras que fallaron los sistemas vitales de la cápsula del capitán Bernardo, todos murieron.

Muertos... esta palabra me hizo sentir escalofríos, ¿qué tal si hubiera fallado MI cápsula?

—En vista de que en la estación Mercurio solo estamos yo y el soldado Anselmo, es necesario dejar a los cuatro soldados del equipo de la capitana Nina para custodiar la estación y retransmitir cualquier información que nos pueda llegar de la Tierra, hasta donde sabemos se lanzó un feroz contraataque contra el enemigo y fracasó brutalmente. No es posible saber si la Tierra podrá resistir mucho tiempo el embate del enemigo, pero de nosotros depende que la raza humana subsista, tenemos que reunir las tropas dispersas y equiparlas con la superarma y el escudo.

¿Reunir las tropas dispersas?, ¿transmitir desde aquí y que nos rastreen?, ¿acaso estaba loco?

—Tampoco podemos saber si el enemigo ha sido capaz de rastrear la llegada de las cápsulas y viene en camino, por esto he tomado la decisión de ir a buscar la superarma y el escudo de inmediato. Para esto iremos yo, la capitana Nina, la capitana Abril y los soldados Luis, Juan y Marco.

¡Ups!, me habían embarcado, debo reconocer que en ese momento me acobardé un poco, hubiera preferido que me dejaran en la estación Mercurio.

—¿Alguna duda?

Nadie dijo nada.

—Bien —se dirigió a los que se quedarían—. Anselmo les mostrará como funciona la estación Mercurio, tendrán que aprovechar el escaso equipamiento que tenemos.

Entonces Esteban oprimió un botón en un panel de control y una porción del piso del hangar comenzó a abrirse, debajo se veía un inmenso pozo oscuro del cual surgió una nave de ataque, la reconocí de inmediato, era una nave para comandos, veloz y silenciosa, pero se veía completamente sucia y maltratada. Se abrió su plataforma de abordaje.

–Muy bien, todos abordo –dijo Esteban entrando en la nave y ocupando el asiento de piloto, Nina se apresuró a ocupar el asiento del copiloto y a los demás nos quedó la doble columna de asientos, mirándose enfrentados.

Me pareció que Nina sonreía cuando miraba a Esteban y él le respondía con una mirada de complicidad. Mientras que Abril no parecía tan contenta, estaba bastante molesta, aunque los rangos eran iguales, era dejada atrás casi siempre como simple soldado.

Abril ocupó el asiento más cercano a los pilotos, yo me senté junto a ella (ya había visto que era de buena suerte), y Marco y Juan se sentaron enfrente nuestro.

Bajamos los sujetadores de seguridad que nos mantendrían en nuestros asientos, ahora lamentaba no tener una armadura. Esteban miró para ver si estábamos todos dentro y oprimió un botón en el panel de la nave, comenzó a cerrarse la plataforma.

–Esteban a base –indicó por el radio–, procedan a abrir el hangar.

–Recibido, capitán.

Una alarma comenzó a sonar y se prendieron las luces de advertencia.

–Sellando el hangar... Abriendo las puertas.

Las puertas del hangar comenzaron a abrirse y el aire se escapó hacia la fría atmósfera de Mercurio, junto con algunos papeles y basura olvidada en el hangar.

–Encendiendo los motores –dijo Esteban y sentimos el inmenso empuje que nos llevó en un instante fuera de la base, luego con una maniobra experta, Esteban dirigió la nave hacia el espacio exterior, girando por sobre la superficie de Mercurio.

Mirando pude ver por el parabrisas como pasaba rápidamente el terreno de Mercurio debajo de la nave, luego las estrellas, y frente a nosotros... ¡Sorpresa! ¡Un ejército de naves enemigas! con formas extrañas, picos, pirámides, todo torcido, sin

estética. Una parte de ellas se separó y se dirigió hacia nosotros. Sentí un intenso miedo.

–Nos siguen, capitán –dijo Nina, mirando el radar–. Son muy rápidas.

–Lo sé –contestó Esteban–, veamos si pueden con esto.

Esteban oprimió varios botones en la consola, la nave aceleró aún más, lo noté por la velocidad con que se acercaba el planeta Venus a nosotros.

–Aún son más rápidos –observó Nina.

–No tiene importancia.

Abril se mordía los labios, impotente, nuestras vidas estaban en manos de Esteban. Alcancé a mirar el radar y pude ver el enjambre de puntos que se nos acercaban, sudé frío.

Repentino y de la nada, enfrente de nosotros surgió un agujero en el espacio, no se como explicarlo, parecía que el espacio se hundía, como si en una hoja de papel se hiciera un agujero, solo que esto era EN EL ESPACIO, quien no lo haya visto no puede comprenderlo.

La nave entró rectamente en el centro del extraño agujero y entonces tuve esa sensación horrible, un frío glacial que se apoderaba de todo mi ser, el aire me faltaba, agujas picaban mis manos y pies, fue instantáneo y al mismo tiempo eterno, de pronto todo volvió a la normalidad.

Me miré las manos y pies, luego miré el parabrisas y me quedé anonadado cuando note que estábamos en otra galaxia.

9

Esteban dirigió la veloz nave hacia un planeta cercano, conforme se acercaba pude notar que este planeta se parecía a la Tierra, pero no lo era. Esteban manejaba los controles de la nave con una pericia que me dejó asombrado, haciéndola planear hasta acercarse en el ángulo correcto que nos hizo entrar en la atmósfera.

El rudo golpe de la nave contra el aire del planeta nos hubiera hecho saltar de nuestros asientos si no estuviéramos firmemente sujetos. El cielo era de un asombroso azul que nunca jamás he vuelto a ver, descendimos hasta ver las copas verdes de los árboles de un increíble bosque, luego Esteban redujo la velocidad hasta que planeamos y descendimos sobre una verde cubierta de suaves árboles, no era notorio desde arriba pero eran muy altos, y al bajar nos volvieron a cubrir, de forma que si alguien mirara hacia abajo jamás habría visto nuestra nave.

Esteban abrió la plataforma de la nave, entonces nos quitamos los arneses de seguridad y bajamos de la nave, había un camino viejo que estaba cubierto de maleza, se escuchaban extraños ruidos de animales, pude ver por lo menos un extravagante pájaro de color azul y tierra que nos miró con sus enormes ojos negros.

–Por aquí –dijo Esteban, adentrándose en el camino, seguido por Nina

Lo seguimos, moviendo la maleza a los lados del camino, al rebotar las hojas nos lanzaban el agua que se había depositado encima, poco rato después teníamos la ropa completamente húmeda, pero el clima era bastante razonable, así que no sentí mucho frío.

El camino seguía más adelante, pero Esteban se salió de este y se acercó a un enorme árbol, metiéndose entre las enormes raíces, tocó algo debajo del tronco y se abrió una puerta oculta, ¡un elevador! Entramos todos algo apretados y solo había un botón, me correspondió oprimirlo.

El elevador comenzó a descender, tomó dos o tres minutos que la puerta se abriera de nuevo, mostrando un delgado pasillo de cemento cuyo final se perdía de la vista.

Esteban se adelantó por el pasillo y llegamos hasta una pared con un panel de botones con símbolos excéntricos, entonces oprimió una secuencia de botones, y se escuchó un bip, oprimió otra secuencia de botones y se escucharon dos bips, entonces la pared se movió y dejó a la vista una puerta metálica que comenzó a abrirse en tres partes, era asombrosamente gruesa, debía tener dos metros de grosor.

Entramos y lo que vi me dejó maravillado, era una enorme ciudad subterránea, pero nadie hubiera dicho que estaba bajo tierra, había un hermoso cielo azul y un sol amarillo brillando como en la Tierra, los edificios estaban algo opacos, y obviamente nadie vivía ahí.

Había unos deslizadores junto a la entrada, pero no pudimos hacer funcionar ninguno de ellos, las baterías estaban agotadas, así que fuimos caminando hasta el edificio que correspondía al comando central.

El elevador interno no servía, era evidente que no había energía eléctrica en la ciudad, así que subimos por las escaleras y llegamos a la sala central, que estaba completamente a oscuras.

Esteban se acercó a tientas al panel de control, lo iluminó con una linterna de mano y oprimió unos botones.

–Capitana Nina –dijo–, por favor introduzca su clave. Después sigue la capitana Abril.

Nina así lo hizo y luego Abril, entonces como por arte de magia se hizo la luz, se iluminó la sala de control y por las

ventanas vimos como la ciudad se iluminaba, sus semáforos, indicaciones e incluso algunas ventanas de los edificios.

–Comando central Belesis activado –dijo una voz sintética–. Bienvenidos.

En una pantalla apareció una imagen completa del planeta, indicando la ubicación de la ciudad, se veía toda la vida animal, obviamente ninguna civilización inteligente existía, y solo se detectaba vida inteligente en donde nosotros estábamos.

–¿Dónde están los científicos que construyeron la superarma? –preguntó Abril intrigada.

–Muertos –contestó Esteban–, acababan de llegar a la Tierra para presentar un informe cuando sucedió la invasión. Yo soy el último que conocía como venir aquí, por eso me dejaron en Mercurio, como respaldo.

Esteban oprimió otra clave en el panel de control y surgió un micrófono de la mesa ante él.

–Capitán Esteban, 041178 –dijo.

–Firma de voz reconocida.

Se abrió un rectángulo en el panel y surgió una tarjeta, Esteban la tomó.

–Aquí está todo –nos dijo, mostrando la tarjeta–. Es momento de prepararnos para lo más difícil.

10

Reunidos en la sala del comando central, Esteban nos hizo un resumen de la situación.

–En la estación Mercurio comenzamos a recibir reportes fragmentados desde la constelación de Escorpión, creo que podrán deducir más de los datos originales, así que pongan atención.

Insertó una pequeña tarjeta en la computadora central y en el centro de la estancia apareció información tridimensional que nos mostraba la locación de las transmisiones y a veces también imágenes de quien transmitía. Las luces se apagaron.

Un hombre con un uniforme ligeramente diferente y algunos rasgos extraños en su rostro apareció en la pantalla.

–Comando Tierra, hemos encontrado una extraña civilización, sus estructuras y edificios son extrañas, casi podríamos decir que sin forma alguna, picos y pirámides que surgen en cualquier parte, siguiendo los pasos del protocolo de contacto estamos sobrevolando el planeta en cuestión para obtener mayor información, consideramos aterrizar en 20 horas. Al parecer es una colonia de un sistema mayor, no entendemos porqué el resto del planeta parece estar en ruinas, podría ser el resultado de una invasión.

Aquí se cortaba la transmisión y daba comienzo una nueva. Ahora la voz sonaba temerosa.

–Comando Tierra, creímos que esta civilización había sido invadida cuando ellos resultaron ser los invasores, hemos cometido un grave error tratando de hacer contacto con ellos... ¡Nos atacan!.. ¡Sus armas son demasiado poderosas!..

Ahora interferencia, una nueva transmisión, un hombre con rasgos orientales.

–Comando Escorpión, perdimos a los exploradores en el sector 78, las colonias 42 y 93 no han respondido a nuestros últimos mensajes.

Otra transmisión del mismo hombre.

–Comando Escorpión, ¡emergencia! Estamos siendo atacados por vortices de fuego, toda la infraestructura está cayendo rápidamente, no tenemos suficientes armas para defendernos, nuestras naves sucumben... ¡Aquí viene de nuevo!

La mirada de terror, el fuego irrumpió en la pantalla y apareció solo estática. Vimos más mensajes de advertencia de perdida de contacto con colonias, más miradas aterrizadas, destrucción, no daban muchos detalles sobre los invasores, simplemente no había tiempo.

–Comando Tierra, aquí la vanguardia de Saturno, un ejército de naves se acerca muy rápido, tal vez será demasiado tarde cuando reciban este mensaje, estamos preparando una defensa de emergencia.

–Comando Tierra, aquí las bases de Jupiter, el enemigo está atacando con tormentas de fuego, perdimos todas las defensas al primer ataque.

–Comando Tierra, aquí las colonias marcianas, un enjambre de naves enemigas nos ataca, creemos que se dirigen a la Tierra, ¡repito!, creemos que se dirigen a la Tierra, estén preparados y que Dios nos socorra.

La pantalla quedó a oscura y en silencio, Esteban prendió las luces de nuevo.

–Eso es todo lo que sabemos sobre nuestros enemigos, viajan a gran velocidad, sus armas son muy poderosas, ninguno de nuestros escudos puede resistirlo, ninguna de nuestras armas puede hacerles daño, el prototipo de la superarma y el escudo están en la Tierra, donde seguramente fueron destruidos, debemos ir a las colonias lejanas que no están en la ruta de ataque

y ordenar la acumulación de tropas y la fabricación del escudo y la superarma. Reuniremos un ejército y marcharemos a enfrentar al enemigo, y tenemos que darnos prisa, no sabemos si el enemigo ya ha ubicado todas las colonias, y peor aún, no tenemos idea de lo que sucede después de las tormentas de fuego.

En ese momento llegó un aviso.

–Un mensaje nuevo de la estación Mercurio –observó Esteban.

–Capitán Esteban –era Anselmo–. Al parecer el ejército disperso en las colonias se reunió para enfrentar al enemigo antes de tiempo, todas las tropas fueron completamente destruidas. No hay ejército de reserva. Cambio y fuera.

Noté que Esteban no esperaba esa mala noticia. Abril levantó la mano.

–Diga, capitana Abril.

–¿Cómo reuniremos ese ejército? –preguntó ella.

Esteban meditó un instante.

–Usaremos naves para ir a las colonias, cada uno de nosotros visitará veinte colonias, invocará los protocolos de autodefensa y activará las fábricas automáticas de cada colonia.

¿Había dicho cada UNO de nosotros?, en ese momento levanté tímidamente una mano.

–Disculpe capitán, pero yo soy un simple soldado raso, ¿cómo podría esperar que me hicieran caso?

Esteban me miró y sonrió.

–Como el representante de mayor edad del ejército en Belesis, se me designa automáticamente como primer general de Belesis, así que a partir de este momento los asciendo a todos como coroneles. Esto les dará la autoridad necesaria, que confío que no desaprovecharán.

Me quedé mudo, había brincado todos los rangos y ahora era... ¡coronel!

- ¿Eso responde su pregunta? –siguió Esteban.
–Si –creo que lo dije con una vocecita avergonzada.

11

Cuando nos dimos cuenta ya estaba anocheciendo en Belesis, la tensión y la emoción eran lo único que nos alimentaba en ese momento, pero nos dimos un tiempo para ir a cenar.

El restaurante del comando central en Belesis era impresionante, podía escogerse lo que se quisiera, todo era un menú de computadora, seleccionando una miriada de opciones y mostraba una foto tridimensional del platillo, fue una pequeña fiesta.

Comimos opíparamente, Esteban y Nina se sentaban juntos, parecía que se conocían desde tiempo antes, Abril observaba enojada, eso me extrañaba, ¿acaso también conocía a Esteban?, por lo menos a mí me esperaba Joana en la Tierra... si lograba salvarla.

Juan comía despacio plato tras plato de alubias, me extrañó que le gustara un platillo tan simple, pero no parecía muy amigo de platicar, miré a Marco con su enorme cicatriz, comiendo un enorme filete, en cuanto se dio cuenta de que lo veía, me dirigió aquella mirada fría y tétrica que me heló hasta los huesos.

Me dediqué a mirar mi plato, yo era el único novato y me sentía un perfecto estúpido.

Esteban nos mostró las habitaciones del comando central, especiales para los generales, como no había nadie podíamos ocuparlas.

No eran lujosas, pero por lo menos eran funcionales y de tamaño regular, por fin yo podría hacer un poco de ejercicio en la mañana. Me despedí de los demás, y antes de cerrar la puerta pude ver como Esteban y Nina se iban a ocupar la misma habitación y con el rabillo del ojo una mirada celosa de Abril.

¡Que suerte la de Esteban!, por lo menos tenía con quien pasar la noche y Nina era... bueno, atractiva. ¿Pero por qué Abril estaba celosa?, tal vez algún día conocería la historia.

Me acosté, la cama estaba suave y mullida, sentí que me abrazaba y me quedé dormido, desafortunadamente mi sueño no fue tranquilo y reposado, pues me asaltaban los recuerdos de los soldados desesperados clamando por auxilio del comando central.

Yo mismo era envuelto en llamas provenientes de una tormenta de fuego y alcanzaba a ver mi mano esquelética carbonizada. Me desperté sudando y asustado, faltaban un par de horas para la mañana, las horribles pesadillas me decidieron a dejar la cama y darme una ducha.

El agua refrescó mi mente, ya vestido salí de la habitación y decidí explorar ese piso del comando central, examinando puerta por puerta.

La mayoría eran habitaciones, en una de ellas encontré una vieja brújula tirada en el piso, un artefacto completamente antiguo, una cajita redonda con la aguja flotando protegida por un vidrio, se veía realmente anticuada, alguien la había olvidado, no tenía marca de ninguna clase, así que la tomé y me la guardé, me sentí avergonzado y estuve tentado a dejarla donde estaba, pero pensé que su propietario no volvería nunca por ella, así que decidí conservarla.

Encontré una enorme sala de ejercicios, mi debilidad, hice algunas pesas, levantamientos, corrí, y luego pensé que era un tonto, debía haber más cosas en ese piso. Pero cuando continué mi exploración parecía que no había nada más, hasta que di vuelta a la esquina, reconocí entonces la figura indicativa de la armería.

El corazón me dio brincos, armaduras y más armaduras, armas y más armas, por fin podría tener algo de protección, en la Tierra había quedado todo mi equipo. Abrí las puertas como un niño que abre la alacena llena de golosinas.

¡Todo estaba allí! Brillantes armaduras para soldados rasos como yo, armas para escoger, cuchillos, granadas.

Me coloqué una de las brillantes armaduras, nueva, suave y reluciente, después me puse el casco, se sentía bien, luego tomé una de las armas más pesadas y poderosas, con la fuerza extra de la armadura se sentía como una pluma. ¡Oh por favor!, alguien había puesto un espejo, me miré al espejo y me sentí grandioso.

En eso vi a otro hombre reflejado en el espejo, con un rostro firme, serio y con el ceño fruncido, ¡era Esteban!, pero ahora estaba limpio, rasurado y con el cabello recortado.

–Luis, me decepcionas –dijo, y yo sentí como el color subía a mis mejillas, tenía razón, íbamos a una guerra y yo solo estaba llenando mi vanidad.

–Ven por aquí –me llamó y me guió a una puerta asegurada, puso la palma de su mano en el lector de la entrada y la puerta se abrió, mostrando las armaduras para generales y coroneles, así como las armas más poderosas que jamás había tenido siquiera el privilegio de ver.

–Eres un coronel, usa una de esas.

Entonces me sonrojé doblemente, había olvidado mi nuevo rango y estaba usando la armadura de soldado raso. Estaba totalmente avergonzado. Con torpeza me quité la armadura y me coloqué la otra, vaya pero que barbaridad de arte, los movimientos se sentían fluidos y fuertes.

Antes de ponerme el casco, miré a Esteban.

–General Esteban, señor, mis calificaciones solo sirvieron para la reserva.

Esteban se estaba poniendo su propia armadura de general en ese momento.

–¿Tú crees que solo sirves para la reserva?

–No, yo de verdad quería ir a luchar.

–¿Querías o quieres?

–Quiero ir a luchar.

–Entonces ya está. La palabra clave es aspiración. Además si el enemigo nos encontrara aquí en este momento, igual tratarían de aniquilarte.

Tenía razón, solamente asentí. Esteban se puso el casco, el frente transparente, me hizo señas de ponerme el mío.

–Me captas –preguntó por el transmisor de radio.

–Perfectamente, general –contesté.

–Mira solo llámame Esteban, no me gusta eso de general, ¿De acuerdo, Luis?

–Claro que sí, Esteban.

Me sentí muy contento en ese momento. Esteban tomó una excelente arma y me la dio, después tomó otra para él. En ese momento llegaron los demás y comenzaron a equiparse también.

12

Era un día de campo caminar con aquellas armaduras, con ellas se podía hacer un camino en dos horas que a un hombre normal le tomaba doce horas. Se podían levantar pesos de hasta trescientos kilos sin despeinarse. Resistían impactos directos de muchas armas, excepto tal vez las de nuestros enemigos.

Nuestras armas podían convertir una casa en un crater en cuestión de segundos, pero otra vez, tal vez no servían contra nuestros enemigos.

Fuimos al comedor y desayunamos con las armaduras ya puestas, pero sin el casco, tuvimos que ajustarlas en modo "normal", de otra forma habríamos roto las mesas o nos hubiéramos clavado las cucharas en la boca.

–Muy bien –dijo Esteban cuando todos terminamos–. Es hora de partir, vamos al hangar.

Bajamos por el elevador hasta un piso subterráneo del comando central, lo cual era una cosa curiosa, pues toda la ciudad de Belesis estaba en un subterráneo.

Esteban nos llevó hasta una especie de pequeño tren, que me recordó el tren subterráneo en el comando central de la Tierra y lo condujo por un largo túnel. Un indicador de profundidad me hizo saber que estábamos ascendiendo hacia la superficie o por lo menos a un lugar apenas debajo de la superficie.

Había un equipamiento completo de naves ahí, pero Esteban nos indicó naves de piloto único.

–Debemos viajar rápido –nos indicó y nos dio una tarjeta para cada nave–. Su ruta estará programada, la armadura

ayudará a que soporten una velocidad aún mayor de lo normal. Veinte colonias, al final nos reuniremos con el ejército, las instrucciones detalladas les serán repetidas durante el viaje si lo requieren. No podemos darnos el lujo de comunicarnos por radio.

Nos miramos todos, nadie quería decir nada, podía ser la última vez que nos viéramos.

–Es el momento de despedirse –dijo Nina finalmente–. Buena suerte a todos.

–Buena suerte –dijimos todos.

Nina y Esteban se miraron, me sentí apenado cuando capté el tono de sus miradas, estaban realmente enamorados, solo se tomaron de la mano con los enormes guantes de sus armaduras y entonces subieron cada uno a su nave.

Abril subía en la nave que estaba junto a la mía.

–Cuidate Luis –me dijo.

–Igualmente Abril.

–Creo que una chica te espera en la Tierra –sonrió ella, sentándose, poniéndose el casco y cerrando la cubierta de su cabina de piloto.

Me sonrojé y sin querer me golpee el casco cuando cerré la cubierta de mi cabina de piloto.

El techo del hangar se abrió para dejar salir nuestras naves, primero salió Esteban, seguido por Nina, luego Abril, Marco y Juan, y yo me quedé sentado ahí como idiota, observando la belleza de la secuencia, hasta que caí en la cuenta de que no había apretado el botón de encendido.

Un empujón sorpresivo levantó la nave a una gran velocidad, y de pronto ya estaba en el espacio exterior.

Las estrellas dejaban rastros ante mi vista, signo de la enorme rapidez con que se desplazaba la nave. ¿Qué debería hacer cuando llegara a las colonias?, ¿y al terminar?

Tonto de mí, pensé, Esteban nos había dejado instrucciones. Busqué el botón y lo oprimí con tanta torpeza que yo mismo me sentí estúpido.

—Hola Luis —la familiar voz de Esteban—, esto va a ser muy sencillo, cuando llegues a una colonia, informa a los soldados de la plataforma de aterrizaje que invocas un protocolo 8-47, y te llevarán a presencia del gobernador, tu armadura se ha cargado con la información necesaria y bastará con que pongas tu dedo en la consola de proyección para que aparezcan los datos pertinentes y el gobernador reúna tropas para el ejército. Después te llevarán a la fábrica automática y deberás colocar tu dedo de comunicación en la consola, bastará para empezar a fabricar naves equipadas con la superarma y el escudo. ¡No olvides comer! Entonces te marcharás a otra colonia, en la última esperarás a que terminen las naves y te irás en una de ellas para reunirte con nosotros. Si por alguna razón te tropiezas con el enemigo, ¡huye!, si no pudieras sacártelo de encima tendrás que autodestruirte, no podemos dejar que conozcan el punto de reunión del ejército antes de tiempo.

13

Mi nave se acercaba tan rápido al planeta que éste se veía crecer de una piedra a una enorme bola de arena. Todo sucedió sin que yo tuviera que hacer nada, entró en la atmósfera, planeó un poco y descendió con toda exactitud en una plataforma de aterrizaje.

¡Soy un coronel!, aclaré la garganta, tenía que dar las órdenes en forma clara y contundente para no dejar lugar a dudas sobre mi autoridad.

Salí de la nave, tropecé y caí cuan largo en la plataforma de aterrizaje, unos soldados se acercaban, sonrientes y de buen talante, era obvio que mi elevado rango les impedía reírse libremente de mí. Se cuadraron frente a mí, cuando apenas acababa de levantarme y trataba de sacudirme un poco el polvo.

–Coronel –dijo el subteniente, con los ojos brillantes, era evidente que no recibían muchas visitas–, nos hace un gran honor visitándonos, ¿cuál es el objeto?

–Invoco el protocolo 8-47.

Sus caras se pusieron serias repentinamente, yo no tenía ni la más mínima idea de lo que era un protocolo 8-47 y recordé que podía haberlo consultado en la enciclopedia integrada de la nave.

Trajeron con toda prontitud un transporte y me llevaron a la sede del gobernador, pude ver que era un planeta casi completamente desértico, un horrible lugar para vivir, pero ellos parecían acostumbrados, pasamos por el pueblo, donde hombres, mujeres y niños vestían largas ropas para cubrirse del calor y de la arena, vi bonitas casas blancas de techos elevados.

La sede del gobernador era en comparación un palacio, sencillo pero majestuoso, era evidente que la colonia era razonablemente prospera.

El gobernador ya estaba informado de mi llegada, y esperaba rodeado por sus lugartenientes, llegué, sin saber las reglas de presentación y simplemente introduje mi dedo en el receptor de datos.

Al instante apareció la información resumida en el proyector tridimensional. El gobernador y sus funcionarios observaron todo imperturbables, al terminar hubo una consulta rápida entre ellos.

–Nos disgusta la guerra –dijo el gobernador cuando terminó la proyección–. Pero el planeta Tierra nos ha ayudado a establecernos y esto no lo hemos olvidado, de acuerdo al protocolo 8-47 contribuiremos con diez mil hombres para el ejército aliado y la Tierra proveerá las naves y el armamento, seguramente ahora usted se dirigirá a la fábrica automática, ¿no es así?

Asentí, ahora entendía algo de lo que estaba pasando y de que era lo que yo estaba haciendo. Me proveyeron de inmediato con un transporte para llevarme a la fábrica automática y una numerosa aunque innecesaria escolta.

El pelotón de soldados de la fábrica se puso en posición de firmes al verme llegar, y entonces pude decir algo que siempre había querido decir.

–Descansen.

¡Y todos me obedecieron!

La fábrica automática era el primer edificio grande que se construía en una colonia nueva, era una inmensa factoría que fabricaba por si sola cualquier cosa de la que se le introdujeran los planos, extraía todos los materiales requeridos del terreno circundante, era especialmente buena para fabricar aparatos, armas, armaduras, y naves muy grandes.

Solamente introduje mi dedo en el receptor de datos y una voz mecánica me respondió.

–Coronel Luis reconocido. Preparándose para fabricar 20 naves equipadas con todo el armamento reglamentario más superescudo y superarma, órdenes selladas para reunión del ejército aliado, suficiente para diez mil hombres.

El ruido del inmenso engranaje comenzó a operar, batientes ocultos se movieron, la extracción de minerales se escuchó, salió humo de la chimenea de la fundición, miles de brazos robóticos comenzaron a funcionar.

Eso era todo, un teniente se acercó.

–¿Podemos ayudarlo en algo más, coronel?

Miré el tiempo en la pantalla de mi casco, ¡Caray!, la nave partía en menos de una hora, debía irme ya.

–Si teniente, debo volver de inmediato a mi nave.

Así se hizo, apenas llegué a tiempo a la nave, entré y despegó automáticamente a los pocos minutos. Suspiré, justo a tiempo, luego oí mi estómago gruñir. ¡Oh que mal!, había olvidado traer comida.

Después de un rato lo volví a pensar, ¡oh doble mal!, ni siquiera se me había ocurrido traer agua.

Entonces recordé que todos los demás habían puesto comida seca en sus armaduras y agua en los compartimientos, ¿cómo pude haberlo olvidado? Debía equiparme en la próxima colonia. Mientras tanto me quité de encima otro poco de tierra, se metía por todas partes.

14

El segundo planeta era todo gris, no quedaba nada natural, todo era artificial, ni una triste planta se veía en su grisáceo ambiente. Miré el analizador de atmósfera mostrado en la pantalla de mi casco, era increíble que pudiera vivir gente en un entorno tan desagradable.

En este lugar todos vestían unos trajes negros que parecían acolchados y un casco transparente, era obvio que no se podía respirar sin éste.

Los habitantes estaban pálidos y demacrados, pero aún así razonablemente sanos, me condujeron con el gobernador y fui a la fábrica de armas. Debo reconocer que sus transportes estaban mejor organizados, unos trenes de levitación magnética que me llevaron a distancias inconcebibles en un tiempo razonable.

Así pues tuve tiempo de ir a la ciudad por alimentos, mi armadura plateada relumbraba en las oscuras calles alumbradas por mortecinas luces. Los habitantes con sus blancuzcas caras y vestidos de negro, parecían ir todos a un funeral, todo el tiempo.

Toda la comida venía en paquetes, en trozos largos sólidos que se comían como galletas. Carne en galleta, pollo en galleta, pescado en galleta, miré los ingredientes, ¡caramba!, nada era real, solo era soya con diferentes sabores. Lo probé, tenía una leve semejanza con lo que decía, pero sabía a arena. Hasta el agua sabía a sintético.

Caminé por las atestadas calles, sintiéndome un completo extraño y notando como llamaba la atención de los pobladores, yo era un punto blanco en un mar negro.

—¿Acaso usas maquillaje? —lo preguntaba una joven pálidamente atractiva de cabello azabache.

–No, claro que no –contesté sorprendido por aquella joya que había sobresalido como una perla llevada por un mar oscuro.

–Tu rostro se ve colorado.

Me miré en un espejo, era solo yo, de hecho con muy mal aspecto por los largos viajes, pero a ella le parecía “colorado”.

–De donde vienes, ¿así visten todos? –siguió ella, saliendo de su mortal aburrimiento y mostrando interés por personas venidas de muy lejos.

–En realidad, solo los coroneles, los soldados usan una armadura más sencilla.

–Aquí todos vestimos de negro, los colores no duran mucho, me temo que el ambiente es corrosivo... Tu armadura no duraría mucho aquí.

Pensé que era extraordinariamente interesante que todas las colonias hubieran sido fundadas por personas de la Tierra, y sin embargo cada colonia parecía muy diferente, como esta chica, ¿variaría la genética?

–¿No te gustaría respirar algo de aire? –inquirió ella en forma indiferente.

–¿Sin casco? –pregunté.

–Por supuesto.

Miré el indicador de mi casco, aún tenía bastante tiempo.

–Claro, ¿por qué no? –dije y la seguí por entre las calles. ¿Por qué esta vez no me habían asignado una escolta oficial?, me encogí de hombros, no me veían simpático porque los mandaba a la guerra, los estaba obligando.

Llegamos a un gris edificio con una puerta metálica oxidada, debía tener unos cinco pisos y unas ventanas que brillaban con un negro fosforescente (suena raro, ¿no?, pero así era), pedazos del edificio se estaban cayendo y lo que antes era una lisa pared ahora era una exhibición de escaramuzas del cemento y el tiempo.

La chica abrió las puertas del edificio pasando una tarjeta, las puertas se deslizaron y entramos, era un maltratado elevador que subió chirriando lentamente.

Ella salió del elevador y la seguí, entonces me encontré en una pequeña habitación, debía medir tres metros por tres metros, el piso era una alfombra de hierba, y las paredes mostraban un bosque vivo y un cielo azul.

Creo que abrí la boca de asombro.

–¿Te gusta? –preguntó ella–. ¿Es como en la Tierra? Soy una admiradora del planeta Tierra.

–Es bonito –dije un poco emocionado. De verdad era un descanso ver color después de tanta tenebrosa negrura.

–Ahora puedes quitarte el casco –dijo ella mientras se quitaba el suyo. Me lo quité y respiré un aire asombrosamente fresco, con olor a hierbas, sentí el aroma de las flores e incluso el débil perfume de los colores. Me quité el guante solo para sentir la hierba, ¡como apreciaba esto!, una lágrima me brotó cuando recordé la vieja y buena Tierra, ahora quemada. Al verme llorar ella pareció sorprendida y perturbada al mismo tiempo.

–¿Acaso no está bien?

Con lágrimas en los ojos la miré.

–Todo está bien –contesté.

